

“MUJER, SI PUEDES TÚ CON DIOS HABLAR...”: MUJERES, IGLESIA Y SOCIEDAD VISTAS A TRAVÉS DE LA LITERATURA

Claudia LUCOTTI

En este breve texto voy a hablar de las mujeres y su relación con la Iglesia y la sociedad desde la perspectiva de la literatura. Si bien uno podría preguntarse qué hace alguien del ámbito de las letras, y más aún, de las letras inglesas participando en este intercambio de ideas, creo importante y pertinente que en un Seminario de esta magnitud intervengan voces y visiones de toda índole. En el caso de la literatura, ésta presenta de maneras complejas, contrastantes y profundas opciones de vida, en su sentido más amplio, muy alejadas de cualquier cosa que pueda sonar a simplificación u oler a receta; la literatura en lengua inglesa, en particular, nos permite entrar en contacto con toda una serie de experiencias distintas de las que nos han tocado vivir en América Latina y que, sin asumirlas jamás como modelo a seguir, pueden servir como motor para un abanico de reflexiones.

Además, en estas fechas en que se nos invita a meditar sobre dónde es que estamos parados después de doscientos y cien años —fechas marcadas por cuestiones tan terribles e inaceptables como las muertas de Juárez, el caso de Ernestina Ascencio o el retroceso notorio en la legislación que permite a las mujeres decidir acerca de interrumpir un embarazo no deseado— es nuestro deber como ciudadanas participar en todo espacio de discusión para contribuir, en la medida que sea posible, al pensamiento y al diálogo informado y crítico.

Voy a empezar comentando un texto fundamental de la literatura inglesa, muy citado aunque no siempre leído con detenimiento, y que nos conduce a una gran cantidad de consideraciones: el prólogo de la comadre de Bath tomado de *Los cuentos de Canterbury* de Geoffrey Chaucer, que data de fines del siglo XIV.²⁴⁵ Dentro de la literatura inglesa de la Edad Media ya existían textos

²⁴⁵ Como se sabe, cada uno de Los cuentos de Canterbury es narrado por uno de los

en los que las mujeres tenían una presencia relevante; pensemos sobre todo en los misóginos y vulgares *fabliaux*, en los que la mujer era siempre caracterizada como un ser hecho de carne, deseo y engaño, o los romances en los que las damas, al menos en apariencia, siempre representaban un papel estereotipado y basado en ideales. Sin embargo, es recién en la obra de Chaucer donde aparecen, por vez primera, personajes femeninos ya no unidimensionales, sino complejos y profundos. Ésta es una de las razones de peso por las cuales se considera que los textos de este autor constituyen una verdadera innovación.

Debido a una serie de factores sociohistóricos propios de la época, al menos en muchos lugares de la Europa del norte, las mujeres —sobre todo aquellas pertenecientes a la burguesía emergente— habían adquirido una creciente presencia a nivel económico y jurídico. Ejemplo de ello son las viudas, mujeres que por lo general habían sido casadas muy jóvenes con hombres mucho mayores que ellas y que por ende tendían a sobrevivirlos, quedando así al frente de los negocios o empresas familiares, lo cual les daba una cierta independencia económica, que sumada a su experiencia de vida, les permitía desenvolverse con relativa libertad en sus esferas públicas. Esta nueva presencia de un otro —una otra cercana, pero distante— despertó el interés de más de un hombre pensador, tanto religioso como laico. Geoffrey Chaucer fue uno de ellos, y podemos decir que toda su obra, de un modo u otro, gira en torno al tema de las mujeres: qué quieren, cómo se relacionan con los hombres, sus posibilidades de aprender, la manera en la que la sociedad de su tiempo, absolutamente normada por la Iglesia, las limita y constriñe.

Pero, además de todo esto, Chaucer pertenece ya a un momento histórico en el que se posee una conciencia cada vez mayor de que los seres que pueblan el mundo son infinitamente más complejos y diversos de lo que daban a entender los estereotipos tradicionales de la temprana Edad Media y, debido a ello, sus textos nos muestran una y otra vez lo absurdo de creer que se puede pensar en términos de “la mujer”. Por el contrario, lo que vemos en *Los cuentos de Canterbury* es cómo cada personaje y cada narrador funcionan de manera específica dependiendo de su contexto y posicionamiento propios, lo

personajes que, como la comadre de Bath, forman parte de un peregrinaje a la Catedral de Canterbury. Muchos cuentos aparecen precedidos por un prólogo en el que el personaje en turno habla, entre otras cosas, de sí mismo. La pertinencia de abordar el prólogo correspondiente a la comadre de Bath se irá haciendo evidente, en mi opinión, a medida que avancemos.

cual resulta en una serie de cuentos que giran en torno a los mismos temas, pero desde perspectivas diversas, produciendo así efectos muy distintos.

En *Los cuentos de Canterbury* nos encontramos con un verdadero muestrario de mujeres heterogéneas, cada una con una manera propia de relacionarse —o no relacionarse— con su cuerpo, con los hombres, así como con las normas de la Iglesia y de la sociedad de su tiempo, de modo que la obra Chaucer produce un asombroso efecto de kaleidoscopio en el que se conjugan personajes y temas. Menciono a continuación sólo algunos de los personajes femeninos más interesantes: Emilia (“El cuento del caballero”), Alison (“El cuento del molinero”), Griselda (“El cuento del estudiante”) y Dorigen (“El cuento del terrateniente”). Sin embargo, entre todas ellas, sobresale por múltiples razones la comadre de Bath.

Antes de relatar su cuento, este personaje hace una larga introducción en la que, y esto era muy inusual salvo para las santas y las místicas, habla detenidamente y con voz propia de su vida y experiencia. Sin embargo, a diferencia de ellas, la comadre reflexiona acerca del tema del matrimonio, pero siempre en relación con su propia experiencia y no de acuerdo con lo que pregonan las autoridades eclesiásticas. Esto resulta impactante, pues el personaje entretije episodios de su vida con las tradicionales enseñanzas misóginas de la Iglesia, sobre todo las de san Jerónimo acerca de la figura de la mujer, y luego las complementa con numerosas citas del mismo autor o de las Escrituras. No obstante, la comadre escoge dichas citas de forma muy cuidadosa, si no es que tramposa (un poco como funcionaban las glosas eclesiásticas), con el fin de probar que en realidad Cristo en ningún momento consideró el matrimonio y el uso del cuerpo dentro de él como algo negativo. También sugiere que si la Iglesia con el tiempo fue inclinándose por la virginidad, ello se opone a lo que se plantea en el Nuevo Testamento.

Continúa con sus reflexiones, ocupándose ahora de revisar las consecuencias de que, como ella, las jóvenes de su época sean casadas demasiado pronto con hombres bastante mayores, pero que poseen algo de dinero. Explora con detenimiento cómo este modo de operar de la sociedad de su tiempo —esta concertación de matrimonios basados exclusivamente en cuestiones económicas y, por ende, con un olorcillo a prostitución— acaba influyendo en las jóvenes esposas que ven el matrimonio y el sexo como una vía para hacerse de bienes. Esto, a su vez, nos dice la comadre de Bath, hace del matrimonio el núcleo de una serie de relaciones basadas en la desconfianza, el engaño y la conveniencia propia.

Finalmente, habla de su último matrimonio, el cual fue, por mucho, el único feliz. Lo anterior se debe a que éste fue el más *sui generis*, es decir, el más alejado de las reglas de la Iglesia de su tiempo, pues marido y mujer lograron establecer una relación más equitativa. Para alcanzar esto, sin embargo, la comadre tuvo que llegar al extremo de romper y quemar —con todas la resonancias que encierra este gesto— el libro del que su marido le lee en voz alta cada noche, el cual contiene cuantiosos ejemplos tomados de las autoridades de su época acerca de la naturaleza pecaminosa de la mujer. Estas sesiones de lectura acaban en una pelea tan violenta entre los dos que ella casi pierde la vida, pero a raíz de esto, ambos logran negociar una nueva forma de relación, basada en gran medida en sus propias reglas.

Tras su prólogo, la comadre de Bath procede a narrar un cuento que aborda ideas similares, pero desde otra perspectiva: un caballero es acusado de violar a una mujer, la reina, autoridad que pide juzgar el caso, le asigna la tarea de indagar qué es lo que las mujeres realmente desean por encima de todas las cosas. Si al cabo de un año y un día el caballero no regresa o proporciona una respuesta no convincente, entonces será ejecutado. La respuesta que salva la vida del caballero se la revela una fea anciana: lo que las mujeres más desean es soberanía en su matrimonio. En pago, la anciana obliga al caballero a que contraigan nupcias. Éste, sin embargo, tendrá que enfrentar una prueba más cuando su nueva esposa le da a elegir entre transformar su propia apariencia y convertirse en una mujer bella, pero con el riesgo de serle infiel, o bien, en permanecer tal como es, pero siempre fiel. De alguna manera, el caballero recurre a la respuesta que anteriormente le había otorgado a la reina para salvar su vida, le contesta a la anciana que debe ser ella misma quien decida. Sumamente complacida, la mujer se vuelve bella y le es fiel a su marido por el resto de sus días. Como podrá verse, aunque en distintos registros narrativos, el prólogo y el cuento de la comadre de Bath comparten elementos temáticos importantes: la violencia psicológica, física o sexual dirigida al sexo femenino, la soberanía de las mujeres y su(s) deseo(s), así como la negociación de las relaciones de poder al interior del matrimonio en el marco de una estructura social e ideológica.

Así pues, ya para fines del siglo XIV, dentro de la tradición literaria inglesa, existe un modelo de mujer, si bien todavía llevado a la escritura por un hombre,²⁴⁶ que tiene clara conciencia de su cuerpo y su sexualidad, que no

²⁴⁶ En este sentido, resulta indispensable mencionar el caso de una autora contemporánea

siente culpa ni se reprime al respecto, que ha aprendido a adaptarse a la sociedad en la que vive y ha desarrollado mecanismos para sobrevivir. Lo anterior incluye, de modo central, el haber revisado y cuestionado, aparentemente de memoria, pues no puede leer, los textos —la mayoría de ellos autorizados por la iglesia— que visualizan y posicionan a las mujeres de manera negativa; todo ello la conduce a ser consciente de su condición y a insistir en contar su historia ella misma, con su propia voz, al mismo tiempo que se convence de que sí es posible cambiar parámetros tradicionales muy dañinos y construir otras formas de convivencia más equitativas entre hombres y mujeres. De este modo, la presencia tan temprana de la comadre de Bath resulta crucial dentro de la tradición de las letras inglesas, pues ella no sólo sugiere otra serie de posibilidades para una vida de mujer más plena, sino que es capaz de reflexionar acerca de su posicionamiento desfavorable dentro del mundo y revisar las causas de ello.

Esta figura sería representativa de lo que iba a suceder, a partir de la Reforma que ya se avecinaba,²⁴⁷ con muchas mujeres quienes, por un lado, habían quedado privadas de un plumazo de la opción que ofrecía la vida conventual y, por el otro, eran ahora impulsadas a aprender a leer y escribir para poder desempeñarse como madres y esposas más eficientes. Así pues, dentro de la burguesía inglesa comenzaron a surgir y multiplicarse las mujeres que no sólo contaban con la posibilidad de tener una vida propia hasta cierto punto, sino que poseían —y esto es lo central— una capacidad cada vez mayor de observarse a sí mismas, funcionando dentro de una realidad específica, la cual se hallaba gobernada en mayor grado por una moral social de principios cristianos y ya no por un complejo sistema de dogmas religiosos procedentes de un sistema eclesástico sólidamente institucionalizado. Gracias a todo ello, las mujeres podían ahora ejercer juicios críticos sobre su situación, así como dejar registro escrito de sus observaciones.

Y a pesar de que este proceso tuvo a lo largo de los siguientes seis siglos todo tipo de altibajos, lo cierto es que —al menos visto ya desde una perspec-

nea de Chaucer, Margery Kempe, quien escribió un libro de memorias también esencial dentro de la tradición inglesa. El libro de Margery Kempe nos muestra el aspecto ordinario de la vida de la autora como esposa y madre, así como sus experiencias místicas y sus peregrinajes.

²⁴⁷ La obra de Chaucer registra con gran precisión el creciente descontento que reinaba con respecto a la Iglesia de su tiempo.

tiva histórica— se trató de un proceso sin vuelta atrás, a través del cual se fue desarrollando una tradición literaria compuesta por la escritura de y sobre las mujeres, que se caracterizaba por ser realista, crecientemente libre de prejuicios y prohibiciones —sobre todo de índole religiosa—, crítica, inteligente, auténtica —pues, por lo general, no imitaba modelos de fuera—, en diálogo consigo misma y abierta al futuro. Por cuestiones de espacio, sólo mencionaré a algunas de las más influyentes y sobresalientes herederas y continuadoras de esta tradición a lo largo del siglo XIX y XX: Mary Wollstonecraft, Jane Austen, Virginia Woolf, Doris Lessing, Nadine Gordimer, Toni Morrison y Margaret Atwood.

A estas alturas, resulta imposible negar la solidez de esta tradición literaria femenina y su diálogo e interacción con otras esferas de la cultura a lo largo de la historia; de este modo, en la actualidad, se han visto importantes logros en el ámbito de la educación —mediante el esfuerzo conjunto de apoyos, becas, subsidios, publicaciones, antologías, cursos, etcétera— que contribuyen a reforzar el conocimiento que poseemos de este legado. El resultado final es que, al menos dentro del mundo de habla inglesa, y haciendo todas las salvedades que hay que hacer si pensamos en las minorías dentro de un sistema más hegemónico, a lo largo del tiempo se ha ido consolidando una comunidad, una tradición, de mujeres inteligentes y críticas, tanto autoras como lectoras aunque, por supuesto, también autores y lectores, para quienes la Iglesia y sus enseñanzas desde hace ya mucho tiempo no controlan la dirección ni los límites de sus pensamientos, pues la religión ha dejado de normar de modo exclusivo la visión del mundo que poseen los miembros de esta sociedad, transformándose simplemente en un tema de reflexión más. De este modo, estamos hablando de una cultura en la que resultaría prácticamente inimaginable oír algo como: “Woman, if you can talk with God “.

Quisiera concluir esta exposición haciendo referencia a México, pero advirtiéndole que, debido a que no es realmente tema de mi especialidad, sólo puedo participar compartiendo algunas de las preguntas que me he hecho a lo largo de los últimos años como mujer, maestra y madre mexicana, y a las que necesito, cada vez con mayor urgencia, hallarles respuesta. Además, desde que comencé a pensar en torno al tema de este Seminario, estas preguntas se han multiplicado de manera vertiginosa, lo cual me confirma lo importante que resulta pensar en otras experiencias, otras tradiciones, para luego vernos a nosotros mismos con más detalle, ya que esto propicia que apreciemos con otra mirada cuestiones en las que quizá ni siquiera habíamos reparado. Mis preguntas son:

1. ¿Poseemos una tradición literaria mexicana de mujeres? Pero, cuidado, pues con esto me estoy refiriendo a una auténtica genealogía de mujeres que hayan escrito a lo largo de una cantidad considerable de tiempo, formando un entretejido que permite ver procesos de cambio en cuanto a sus visiones del mundo y de sí mismas, y que ha engendrado, a su vez, un entramado de lectoras que encuentran sentido de fondo en esta escritura.
2. Y si la respuesta es afirmativa, ¿cuáles son las características principales de esta tradición? ¿Cuáles han sido sus etapas? ¿Cómo se vinculan entre sí? Y aún más importante, ¿sigue viva hoy? ¿Es pertinente, para un país tan diverso culturalmente, pensar en una única tradición? ¿O hay reparos como sucede cuando consideramos todos los grupos minoritarios en lengua inglesa?
3. Dentro de todo este proceso, ¿cuál es el papel que sin duda desempeñó la Iglesia? ¿Podemos hablar de un parteaguas dentro de la literatura mexicana en el que esta institución dejó de ser un instrumento normativo esencial en la estructuración de la visión del mundo para convertirse más bien en un tema de reflexión? ¿O estamos enfrentados a una historia, una realidad muy particular en donde no ha habido verdaderamente un corte tan absoluto y en donde, por ende, todo un caudal de creencias estructurantes siguen vivas, facilitando que la iglesia y sus enseñanzas permeen mucho más a fondo de lo que estamos dispuestos a admitir?
4. ¿Dónde caben figuras tan esenciales como, por ejemplo, sor Juana y Rosario Castellanos dentro de todo esto?
5. Independientemente de lo anterior, ¿cómo se transmiten en el México de hoy visiones y pensamientos laicos, libres, profundos, complejos, inteligentes, críticos pero también accesibles —es decir, y esto es muy importante, que lleguen más allá del mundo de la academia— acerca de lo que significa o puede significar ser una mujer? ¿La literatura en verdad tiene un papel influyente? ¿O son más bien otros los medios para esto: televisión, cine, revistas, canciones? Y de ser así, ¿qué tipo de visión o visiones, concretamente hablando, circulan para nutrir y finalmente darle forma al imaginario colectivo? Pensemos nuevamente en “Mujer, si puedes tú con Dios hablar”, ya no digamos en lo que se escucha ahora más comúnmente en la radio.

Gracias a esta invitación del Seminario Permanente: El Estado Laico y los Derechos Humanos en México, he caído en la cuenta de que efectivamente

hay mucho que hacer. Algunas tareas urgentes deberían ser, según mi entender, promover y profundizar la investigación y la discusión de la presencia que pueden tener todavía hoy en las expresiones y productos culturales que circulan e influyen, las enseñanzas, más o menos explícitas, de la Iglesia y que muy bien podrían seguir repercutiendo desfavorablemente en la consolidación de un Estado auténticamente laico en México, como vemos en casos concretos casi a diario. A trabajar pues.